


VII Certamen Literario del Agua de Emasesa

Homenaje a Rafael de Cózar

Plazo de admisión de obras hasta el 5 de Mayo de 2015
Consulta las bases del certamen en www.emasesa.com

Para más información puedes dirigirte a centrodedocumentacion@emasesa.com



 #aguayletras

Síguenos en:



VII CERTAMEN LITERARIO DEL AGUA

OBRAS GANADORAS

Modalidad Cuento Infantil

Primer Premio:

“Hanna y la rosa del Cairo”.....pág. 3

Autora: Catalina León Benítez

Segundo Premio

“El mar no existe”.....pág. 12

Autor: Antonio Luis Galán Gall

Modalidad Relato Corto

Primer Premio:

“A Gotas”.....pág. 19

Autor: Franz Kelle

Segundo Premio:

“El alma de los secretos bajo el agua”.....pág. 25

Autor: Fernando Molero Campos

HANNA Y LA ROSA DEL CAIRO

PRIMER PREMIO MODALIDAD CUENTO INFANTIL VII CERTAMEN LITERARIO

Una extraña rosa ha crecido en el patio de recreo. Nadie se explica su nacimiento ni su origen. Es una rosa amarilla. No de ese amarillo claro, desvaído, triste, que suelen tener las rosas de ciudad. No. Es un amarillo intenso, un amarillo potente. Como el color de un canario en libertad.

Las tres niñas han sido las primeras en descubrirla. La rosa estaba justo detrás de la canasta de baloncesto. Una canasta vieja, muy vieja, herrumbrosa y que nadie utiliza, semiescondida en la sombra en la zona del patio que apenas se utiliza. La mayoría de los niños prefieren la parte soleada porque este es un colegio frío, cuyas clases son antiguas y están mal acondicionadas. Por eso, en la hora del recreo, todos se apiñan en el centro del patio, allí donde el rayo de sol es firme, donde se despliega su calor sin necesidad de arrebujarse en los abrigos.

¿Todos? No. Casi todos. Las tres niñas, por ejemplo, indagan cada día en los alrededores del patio buscando alguna sorpresa. Así descubrieron la rosa. Ese era un día difícil. Una de las niñas había llegado llorando. Pero no lloraba hacia fuera como hacen las personas que saben que al llanto le sigue el consuelo. No. La niña lloraba hacia dentro, hacia sí misma y por eso nadie descubrió sus lágrimas. Salvo las dos amigas, que ellas sí conocían, porque lo practicaban, el secreto de ocultar las lágrimas a los ojos de todos.

La niña que lloraba se llamaba Hanna y había llegado hacía unos tres años. Sus rasgos eran diferentes, el cabello rubio, los ojos oblicuos, la piel muy blanca. En el colegio decían que venía de un orfanato de un país del Este, uno de esos sitios lúgubres en los que los niños permanecen sentados en sillas incómodas, de cara a la pared, atados para que no se muevan, sin nadie que les hable, sin recibir ni abrazos, ni besos, ni risas.

Cuando Hanna llegó a Sevilla, con seis años, no sabía hablar, ni apenas andar, ni tenía sonrisa, solo una mueca en su cara. Era ya una niña mayor, bastante más mayor de lo que suelen ser las niñas adoptadas. Y su país de origen tenía un nombre muy raro y ella misma se llamaba de una

forma extrañísima. Pero su madre adoptiva no quiso que llevara ese nombre porque decía que la discriminaría y que nadie podría pronunciarlo. Así que la llamó Hanna, que es el nombre de la protagonista de una película que a la madre le gustaba muchísimo.

Hanna quiere a sus nuevos padres pero en su cabeza se amontonan imágenes de su vida anterior. A veces piensa que ella no merece que la quieran. Que es torpe, desmañada, absurda. A pesar de que sus padres la abrazan continuamente ella todavía siente escalofríos. Todavía siente miedo si oye gritos y temor cuando se hace de noche.

Isa no ha preguntado a Hanna qué le pasa. Al fin y al cabo, ella está acostumbrada a sentirse llena de lágrimas por dentro. Lágrimas de agua salada, como la del mar que vio por primera vez hace un verano. Isa es una niña diferente. Le cuesta entender las cosas. Es muy lenta. Y bastante callada. Lo curioso es que, en su cabeza, las palabras se amontonan una y otra vez. Pero no es capaz de ordenarlas, no salen al exterior. Su mente es el paraíso de la confusión. Si alguien le pregunta algo, por ejemplo, entonces se paraliza, le entra lo que su madre llama un bloqueo. Un bloqueo quiere decir que Isa no sabe qué contestar, ni entiende qué le preguntan. Isa es mayor que Hanna, porque repite curso. Dice la profesora que no le sirve de nada la adaptación. La adaptación significa que Isa no hace lo mismo que los otros niños, sino unas fichas con preguntas y huecos en blanco para las respuestas. Son unas fichas muy aburridas así que a Isa le da igual hacerlas o no porque le parece tonto responderlas. Las fichas no llevan dibujos, solamente palabras y palabras. Las palabras son el problema. Isa es una niña sin palabras.

En la clase todos los niños saben que a Isa no puede uno preguntarle nada de los deberes, porque no tiene respuestas. Ni siquiera está en el grupo de whatsapp. Ninguna de las tres lo está, porque son niñas diferentes y los demás no han pensado en incluirlas.

Ambas, Isa y Hanna, admiran a Malena, la tercera niña. Malena es muy morena y sus padres son bolivianos. Ella no, ella nació en este barrio. Usa un vocabulario muy divertido, lleno de modismos y de frases especiales. La madre de Malena es limpiadora. Limpia en las casas y, a veces, de noche, cuida ancianos. Su padre desapareció hace mucho tiempo, tanto que Malena casi ni lo recuerda. Malena no tiene hermanos y su madre y ella viven a lo justo, o sea, con muy poco dinero. Ella se viste con ropa usada de otras niñas que viven en las casas en las que su madre

limpia. Pero a Malena esto no le importa. Se ríe siempre. Es una niña reidora a más no poder y abraza a su madre cuando la ve triste y eso ocurre muy a menudo. La madre de Malena tiene aspecto cansado y siempre se hace preguntas a sí misma. Por qué lleva una vida de mierda...Por qué tiene tan mala suerte...Por qué no puede comprarle a su hija ropa nueva...

Hanna, Isa y Malena se conocieron junto a la fuente del agua. En lugar de ponerla en un sitio vistoso y agradable la directora decidió que tenía que colocarse en el último rincón del recreo, cerca de la canasta inservible y de unos matojos desagradables que lindan con la tapia. Allí nadie se acerca. Las tres niñas, sin embargo, piensan que la fuente de agua es un tesoro.

Estaba hecha de piedra y tenía un espacio central cóncavo, donde el agua se demoraba cuando salía del grifo. El grifo, gris, curvo y alargado, podía moverse de un lado a otro. Cuando el agua salía, lo hacía moviéndose caprichosamente, llenando el espacio y, a veces, si uno movía el grifo de determinada manera, salpicaba todo lo que había alrededor soltando al aire miles de alegre gotitas.

Las tres niñas se colocaban en torno a la fuente y solían beber su agua y mojarse las manos en ella. Se miraban al fondo de ese espejo y el agua les devolvía su imagen como si fuera un selfie. Un selfie líquido y siempre en movimiento. Las tres caras se asomaban al fondo haciendo muecas y formando un curioso contraste. La cara morena y pequeña de Malena, con sus rizos largos y sedosos. El rostro rubio y alargado de Hanna, de ojos azules y pétreos, como si fueran diamantes. Isa, con su mirada perdida y asombrada, su pelo corto y ralo, su expresión triste.

Desde que se conocieron en la fuente del agua las tres niñas se han hecho amigas. Son unas amigas un poco extrañas porque hablan poco y no salen de paseo por las tardes ni los fines de semana, lo que los otros niños llaman "los fines". Pero los días de colegio en la fuente del agua ocurren cosas. Aventuras imaginadas. Peripecias. Curiosidades. El agua nunca es del mismo color. En las horas oscuras del invierno se vuelve casi gris, del color del grifo, y tiene un aire cansado y abatido, como si se quejara del frío o de las nubes. Cuando llueve, el espacio cóncavo de la fuente se llena del agua de lluvia y se establece una curiosa competición entre las dos aguas, la que sale del grifo y la que cae del cielo. Es una loca carrera entre dos chorros.

A veces la fuente está seca. No corre el agua. Nadie sabe si es por una avería o porque la directora se cansa de que el suelo se llene de charcos. La llave de paso está en una zona de difícil acceso, debajo de la fuente, y nadie conoce cómo se abre o se cierra, solamente la directora y el señor de mantenimiento, que se llama Ignacio y es un tipo simpático, al que todos llaman "Nacho el macho". El apodo le viene de su fuerza y su habilidad para arreglar toda clase de desperfectos. Es un hombre para todo, dicen las madres del AMPA que le suelen encargar todas las chapuzas que hay siempre que hacer en un colegio. A Nacho lo manda el Ayuntamiento y viene dos o tres veces a la semana, porque los niños son un desastre y destrozan a menudo persianas, puertas y radiadores.

Uno de esos días, la directora, cansada de que la fuente estuviera siempre rodeada de un sospechoso charco que lo embarraba todo, decidió cerrarla para siempre. Eso disgustó mucho a las tres niñas, que siguieron juntándose allí por inercia, porque era el mejor sitio que conocían y porque esperaban todos los días que la fuente manara de nuevo su agua fresca y transparente. Pero el enfado de la directora duró tanto que, cuando hallaron la rosa, allí junto a la canasta de baloncesto rota, no había agua para regarla. He aquí un verdadero problema, pensaron las tres. A ninguna se le escapó que la rosa no podía sobrevivir sin agua. Y ellas echaban de menos los círculos que el agua de la fuente dibujaba al salir. Querían volver a sentir las manos húmedas cuando terminaban la clase de Educación Física antes de volver al aula para dar Matemáticas. Necesitaban agua después de comerse el bocadillo, minúsculo y de pan de molde el de Hanna; grande el de Malena y con Nocilla en el caso de Isa, que era muy delicada para comer y que solo quería chocolate y más chocolate.

Una fuente sin agua es un absurdo, pensaron las niñas. Una fuente sin agua no tiene sentido. Es como un niño sin juguetes o quizá aún peor. Los escasos alumnos que se acercaban por allí dejaron de hacerlo y únicamente ellas se mantuvieron fieles a la fuente, rodeándola cada día en las horas del recreo, mirando con detalle el grifo, pasando sus manos por el fondo, a ver si alguna gota de agua subía de algún conducto secreto y aparecía sin avisar. Pero la directora se mantuvo firme. No se podía ensuciar el patio con agua, aquello era un desastre, mejor que bebieran en los grifos del cuarto de baño.

Las tres niñas imaginaron entonces formas caprichosas en el agua del charco. Pasados los días sin que la fuente estuviera en activo, el charco se secó, el resto escaso de agua que quedaba se filtró a través del suelo, se marchó a los matorros cercanos, se ocultó a los ojos de las niñas. Desaparecieron las caras extrañas que surgían al mover el agua con las botas o con la punta del pie enfundado en los zapatos de deportes, baratos, que la madre de Malena compraba en los chinos de al lado de su casa, un gran bazar que nunca cerraba y cuyo dueño le sonreía sin entenderla la mayor parte de las veces. La ausencia de agua impidió que Isa lanzara piedrecitas pequeñas al charco, de esas que va guardando con cuidado al encontrarlas por la calle, y que se iban amontonando en el fondo, como si formaran un extraño edificio irregular que se movía cuando el charco se desplazaba de un lado a otro, en silencio, como la propia Isa, que sonreía extrañamente al ver las piedras caer y posarse, desconcertadas, una junto a otra.

Cuando hallaron la rosa amarilla, hacía ya varios días que la fuente estaba sin funcionar y que el charco estaba seco y que ellas pasaban sed en el recreo, porque no les gustaba beber en el lavabo de los servicios después de haber gozado de la dulzura del agua que caía de su grifo favorito. Ninguna supo, de momento, qué podrían hacer con esa rosa así nacida, mezclada entre la maleza, situada en un lugar tan inapropiado, tan falto de sol.

Se miraron varias veces durante aquel recreo. Estaba a punto de sonar el timbre de entrada cuando Malena explicó que tenían que salvar a la rosa. Esa era su rosa, ellas la habían descubierto y por eso, salvarla era cosa suya, de nadie más. No podían pedir ayuda, tenían que hacerlo entre las tres. Acordaron entonces buscarse una maceta por ahí y una bolsa de tierra, para colocar la rosa en un sitio adecuado, sacándola de aquel pedregal inútil, para impedir que se muriera, igual que se habían muerto unas violetas que la madre de Hanna le trajo en una ocasión en una maceta tan pequeña que las flores apenas respiraban.

Pero eso sería al día siguiente porque en ese momento ya no había opciones, tenían que dejar la rosa allí, a la intemperie, entre la suciedad y los hierbajos, y sin agua, además. Bueno, esto último podía arreglarse. Malena sugirió que buscaran un recipiente y trajeran agua del cuarto de baño. Así lo hicieron, les sirvió una cajita de lata que llevaba siempre Isa en su mochila. El agua cayó sobre la rosa y ésta pareció animarse, pareció entender que no estaba sola, condenada a perecer

en un lugar inhóspito, sino atendida por manos amigas. La rosa revivió y su tersura fue aún mayor, su color se acentuó y las niñas, todas ellas, las tres, sonrieron, incluso Isa, que no reía nunca, porque dibujar la risa era un esfuerzo que le costaba realizar. Además, a Hanna le llegó una idea brillante, según ella misma expuso, y tomó un trozo de papel de seda que tenía guardado para un trabajo manual y lo extendió alrededor de la rosa, impidiendo que estropeará su preciosa corola todo aquel amasijo de vertidos que estaba en torno a ella.

El recreo del día siguiente les trajo una enorme actividad. Trajeron, como habían decidido hacer, una maceta vacía, de esas negras de plástico que tienen un agujero en la base. Y tierra, en una bolsita de plástico del supermercado, obtenida de algunas macetas del patio de Malena, que era pequeño pero que siempre lucía alguna planta. Tomaron la rosa con cuidado, extrayéndola completamente del suelo, incluidas las raíces, que era muy importante preservar. Se ayudaron con la espátula de la plastilina y, con no poca maña por parte de Malena, la rosa estuvo pronto colocada en el centro de la maceta, luciendo orgullosa, con todos sus pétalos enhiestos, firmes, alzados al aire y al sol y sus hojas verdes sin suciedad ni polvo, limpias y delicadas.

Una pequeña discusión sobre el destino de la maceta las hizo concluir que el mejor sitio era el ventanal grande de su aula, justo el que daba a la parte de atrás, donde ellas mismas tenían su mesa y su silla de clase. La rosa estaría allí los días entre semana y, los viernes, iría rotando por cada una de las casas de las tres. La rosa tendría un finde especial. Un finde en familia, podíamos decir.

La maceta con la rosa lucía preciosa en la ventana. La tutora dio su permiso, aunque no le hizo mucho caso, la verdad, porque estaba preocupada con la segunda evaluación, pues ya era marzo y había niños que iban muy atrasados y a saber qué pasaría si no recuperaban los exámenes suspensos.

Las tres niñas, sentadas al lado de esa ventana al final de la clase, que, hasta entonces habían sido niñas invisibles, se sintieron protagonistas desde ese momento. Nadie tenía una rosa como ellas. Nadie cuidaba una rosa amarilla en una maceta. Nadie llevaba una botella de plástico pequeña llena de agua cada día para regarla y para conservar la humedad en la tierra que sostenía a la planta. Además, cuando llegaba el recreo, las niñas accedían al patio llevando su

rosa, también en riguroso turno, y se apostaban allí, junto a la fuente, que permanecía seca pero sobre la que colocaban la maceta, mirándola y haciendo comentarios, riendo algunas veces y siempre orgullosas. Tenían una fuente, aunque sin agua. Tenían una rosa amarilla de un color precioso, único.

Algunos niños repararon en aquello. Los niños estaban un poco cansados de ese patio tan inhóspito, tan frío, con dos bancos para sentarse, unas porterías de fútbol y una zona descuidada situada al fondo, justo donde estaban la fuente y la canasta abandonada. Los niños dieron en pensar que aquello era una pena. Que solamente una rosa no era capaz de alegrar a todo el colegio. Notaron que mirar la rosa les ponía las pilas, les recordaba que la naturaleza estaba ahí fuera, esperándolos. Y luego se fijaron en la fuente. Una fuente que no manaba agua. Una fuente seca que tenía el grifo a punto de estropearse de no usarlo. Una fuente cuya piedra ennegrecía. Una fuente sin charcos de agua alrededor. Una fuente absurda. Una fuente inútil. Una fuente que no servía para nada y que daba pena verla.

Los niños del colegio activaron sus whatsapps. Eran muy rápidos escribiendo y se pasaron con toda velocidad un mensaje que uno de ellos había inventado: *Queremos agua en la fuente del patio. Queremos más flores.* Bueno, en realidad, el mensaje no estaba escrito exactamente así. Le faltaban eses y tildes y no se veían todas las letras. Por eso, alguien pensó, creo que fue una niña de quinto, que era un mensaje largo, pesado y difícil. Así que se inventó otro. Era este: *I love the water. I love the flowers.* Era un centro bilingüe así que el mensaje resultaba bonito y adecuado. Otros niños dieron un paso más y colgaron en Instagram dibujos alusivos al agua, gotas que bailaban, nubes que tenían ojos, lluvia que sonreía... Todo Instagram se llenó de dibujos que hablaban del agua y de su utilidad. Y los niños que usaban Twitter, que eran unos cuantos, empezaron a retuitear el tuit de uno de ellos que había escrito: *Queremos que la fuente del patio tenga agua.*

Todo esto formó un gran revuelo en el colegio, parecía una revolución en toda regla. Pero la solución era muy sencilla y se le ocurrió al tutor de sexto, que también daba clases de educación física y que conocía bien a los niños. Se llamaba José Luis aunque los alumnos lo llamaban Joselu y a él le parecía bien, no creía que por eso le faltaran el respeto. Joselu habló con la

directora y la convenció de que en el patio de recreo debería haber, no una fuente, sino varias. Le dijo que los niños pasaban sed y que era mejor tener algún charquito que un montón de envases de zumo tirados por ahí o rebosando en las papeleras.

Ocurrió, sin embargo, algo curioso. Mientras Joselu hablaba con la directora en su despacho una fila de niños comenzó a recorrer el recreo silenciosamente. Una manifestación que nadie sabía cómo se organizó y quién lo hizo. A la cabeza iban las tres niñas, Hanna, Isa y Malena. Hanna llevaba en la mano la maceta con la rosa amarilla tan bonita y olorosa. Isa llevaba un cartel que decía: Más fuentes. Y, por su parte, Malena llevaba otro cartel que decía: Más flores. Y todos los demás niños iban detrás (por una vez ellas eran las primeras en algo) y coreaban esas frases. Más fuentes. Más flores. Más fuentes. Más flores. Más fuentes. Más flores.

La directora se horrorizó y le comentó a Joselu que iba a terminar con la cabeza loca por culpa del escándalo que producían esos cantos tan mal entonados. A decir verdad los niños no se preocupaban de poner la mejor de sus voces, sino de hacer el mayor ruido posible. Los maestros que estaban de vigilancia de recreo reaccionaron de forma diferente. Alguno se puso en la fila y también comenzó a gritar. Otra se marchó al servicio, a buscar no se sabía a quién, pues todos los niños estaban en el patio en ese momento.

Es verdad que algunos alumnos no participaron en la marcha. Los había sentados en los dos bancos de piedra, riéndose por lo bajo de aquello que consideraban un esperpento, y otro siguieron jugando al fútbol, interrumpiendo las jugadas solamente cuando la manifestación o lo que fuera pasó justo por el centro de la pista.

El caso es que aquello no cayó en saco roto. Las madres del AMPA decidieron que los alumnos tenían razón y que la directora se había pasado tres pueblos o más.

Así que ellas mismas formaron una brigada de madres-jardineras que se dedicaron a plantar macetas y a colocarlas por todo el patio, arreglar los arriates y limpiar la maleza. Al tiempo que la naturaleza volvía al patio de recreo, las fuentes comenzaron a surgir de la mano de Nacho, a quien el Ayuntamiento encargó que colocara nada menos que tres en sitios estratégicos.

La primera que volvió a manar fue la de las tres niñas porque ya estaba construida y solamente hubo que limpiarla. El día en que el agua les salpicó de nuevo las manos y las caras fue una

fiesta. No sabría decir si las gotas blancas y exactamente redondas que al abrir el grifo corrieron por las mejillas de Hanna, Isa y Malena eran lágrimas o una broma del agua que no pudo evitar la travesura.

EL MAR NO EXISTE

SEGUNDO PREMIO MODALIDAD CUENTO INFANTIL VII CERTAMEN LITERARIO

Don Luis era un señor gruñón que tenía los pelos de punta y nunca se peinaba.

Siempre estaba serio y jamás sonreía, y cuando las gafas se le escurrían por la nariz, las empujaba con el dedo índice de su mano derecha y las subía para colocarlas de nuevo en su lugar. Luego miraba a través de los cristales, casi siempre sucios y protestaba por algo, por lo que fuese, o por cualquier cosa.

Es que a Don Luis nada le gustaba tanto como protestar.

Si por la mañana se levantaba y, al asomarse a la ventana, veía que estaba lloviendo, se pasaba la mano por la cabeza y decía:

-Otra vez lloviendo, siempre lloviendo- y decidía que no valía la pena peinarse. Total, si se le iba a mojar el pelo con la lluvia y se despeinaría.

Si por el contrario, al correr la cortina descubría el sol enorme en la mitad del cielo, sin una sola nube, también pasaba la mano por la cabeza, disgustado. Pero entonces lo que decía era:

-Otra vez el sol, siempre el sol -y decidía que no valía la pena peinarse, Total, si se iba a secar el pelo con el sol y se despeinaría.

Pero lo que más le molestaba a Don Luis no era ni el sol y ni la lluvia. Tampoco el viento cuando soplaba fuerte, ni la nieve en invierno. Lo que más le molestaba era que los demás le llevaran la contraria.

Y es que este señor tan gruñón vivía en un pueblecito muy pequeño, en un valle que parecía esconderse tras las montañas. Allí, además de él, habitaban pocos vecinos que casi nunca salían del pueblo, y si lo hacían era para ir a la ciudad cercana, solo un poquito más grande, para vender en el mercado las verduras que cultivaban en sus huertos, la leche de sus ovejas y unos quesos

riquísimos que hacían ellos mismos. Luego, con el dinero que conseguían, compraban las cosas que cada uno necesitaba, como las gafas de Don Luis.

Tampoco él había ido nunca más allá de las montañas que rodeaban el pueblo, pero como su huerto era el más grande de todos, se consideraba muy importante y no quería reconocerlo. Por eso hacía creer a los demás que había viajado mucho y conocía el mundo entero. Y para convencer a los otros se inventaba cosas como las siguientes:

- Yo, que he viajado mucho, sólo he visto una ciudad más grande que nuestro pueblo, y es la del mercado.

O bien:

- Yo, que he viajado mucho, nunca he vista tanta agua junta como la que hay en nuestro arroyo.

Así, que cuando algún vecino le decía:

- Don Luis, he visto en la tele que en la capital han hecho una carretera por donde pasan cuatro coches a la vez.

O también:

- Don Luis, anoche salió en la tele un edificio tan grande que dentro viven más personas que en todo nuestro pueblo.

Él le contestaba:

- -Eso no es verdad, se lo han inventado. Todo lo que sale en la tele se lo inventan para engañarnos. Por eso yo no tengo televisor. Pero vosotros sois tan bobos que os lo creéis todo.

Y se reía de ellos. Pero a sus vecinos no les importaba, daban media vuelta y seguían su camino sin hacerle caso.

Sin embargo, si algo le molestaba de verdad, era que le hablaran del mar. Un día que estaba recogiendo coliflores de su huerto, para llevarlas al día siguiente al mercado, paso por allí Tomás, el cabrero con todo su rebaño y le dijo:

- Ay Don Luis, si hubiera visto la película que pusieron ayer. Salía a todas horas el mar !Que bonito es el mar! ¡Tan grande y con tanta agua!!Como me gustara conocer el mar!

Entonces se levantó, se quitó el sombrero de paja que le protegía del sol, y le contestó:

- ¡Bobadas! ¡El mar no existe! Pero, ¿cómo puedes creerte que en un solo sitio quepa tanta agua junta? El mar se lo han inventado sólo para fastidiarnos, para que este arroyo nuestro nos parezca poca cosa.

Y al decir eso giró la mano y su sombrero salió volando y cayó dentro del agua.

- ¡Mi sombrero! -gritó Don Luis, que no tenía otro y le molestaba mucho que el sol le calentase la cabeza.

Tomás, el cabrero, comenzó a reírse mientras Don Luis daba saltos desesperado, viendo cómo la corriente del arroyo se llevaba su sombrero, y atragantándose de risa le gritó:

- ¡Corra, corra! Que si no se da prisa va a llegar hasta el mar.
- Paparruchas - le respondió Don Luis - Ya te he dicho que el mar no existe. El sombrero se parará cuando llegue donde el arroyo termina.

Y salió corriendo todo lo deprisa que pudo, para recuperarlo.

El sombrero flotaba en el agua, se mecía despacito, como si no tuviera prisa por alejarse de allí, pero sin detenerse nunca. A veces parecía haberse cansado de flotar y se paraba un momento, solo un momento, al tropezar con una rama caída en mitad de arroyo. Pero cuando nuestro hombre se agachaba a cogerlo, se ponía en marcha otra vez y lo dejaba allí tumbado, con la mano alargada y con la cara de fastidio. Parecía que quisiera burlarse de él.

Don Luis encontró un palo muy largo y lo cogió para ayudarse con él. Cada vez que el sombrero se detenía, alargaba el palo y lo hundía en el agua, pero el sombrero siempre se le escapaba y continuaba navegando sobre la corriente. Y así, corriendo y agachándose, metiendo el palo en el agua y volviéndolo a sacar vacío, continuó durante varias horas hasta que se hizo de noche y ya no pudo ver por dónde andaba el sombrero.

Como estaba muy cansado, se sentó junto a un árbol, apoyó la espalda en el tronco para descansar un rato y, sin darse cuenta, se quedó dormido. Pasó la noche allí, bajo las estrellas, y se despertó muy temprano, con los primeros rayos del sol.

Ese día no le molestó que lloviera o no lloviera, que hiciera calor o frío, porque lo único que le importaba era recuperar su sombrero. Se levantó, bostezo tres veces, se acercó a la orilla del arroyo y descubrió que el sombrero continuaba en el mismo sitio donde lo había visto por última vez la tarde anterior.

“Si no se ha movido de ahí en toda la noche - pensó - iba a ser mala suerte que se moviera ahora”.

Decidido a hacerse con él de una vez por todas, se descalzó, se arremangó los pantalones y, con el palo en la mano, se metió en el arroyo con el agua hasta los tobillos.

“¡Que fría está el agua! “ pensó al mismo tiempo que se agachaba, alcanzaba el sombrero con la punta del palo, y veía cómo se soltaba otra vez y comenzaba de nuevo a flotar corriente abajo.

Cada vez más enfadado, gruñendo, salió enseguida del agua, se calzó a toda prisa y volvió a seguir la corriente a la espera de que el sombrero se parase en la orilla. Y cuanto más la seguía, más se alejaba de su pueblo.

Al llegar el mediodía, con el sol en lo más alto del cielo, Don Luis se detuvo a refrescarse con el agua del arroyo. Entonces miró hacia atrás y se dio cuenta de que estaba más allá de las montañas que rodeaban su valle, mucho más lejos de lo que había ido nunca.

Luego se volvió y descubrió algo más sorprendente todavía: cerca, muy cerca de donde estaba, se terminaba el arroyo. Pero no se terminaba así sin más, desapareciendo o dejando de correr. Terminaba porque llegaba a un sitio donde el agua se juntaba a una corriente más grande.

“Esto debe ser un río”, pensó Don Luis, que no sólo aseguraba que el mar no existía, sino que también negaba que existieran ríos más grandes que su arroyo.

Primero miró a su alrededor para comprobar que ningún vecino de su pueblo lo hubiera visto, pues iba a sentirse muy ridículo después de haberlos llamado tontos. Luego intentó calcular cómo de ancho era el río y, después de compararlo con su arroyo se dijo:

“Bah, tampoco es para tanto. Un poquito más grande sí que es, pero muy poco”.

El sombrero estuvo un buen rato allí, delante de sus narices, dando altos en el agua, dudando si pasar al río o quedarse en el arroyo. Su dueño lo miraba con preocupación, pensando que, si pasaba al río, le iba a resultar mucho más difícil recuperarlo. Y pensando estaba cuando un ruido en sus tripas le recordó que llevaba mucho tiempo sin comer.

Miró por todos lados hasta que vio unos frutales grandes, llenitos de peras y manzanas, junto a la orilla del río.

“¡Que huerto más grande!” se dijo, “es mayor que el mío”, pero luego pensó mejor y dijo en voz alta por si alguien lo escuchaba:

-¡Bah! tampoco es para tanto.

Después de coger algo de fruta y desayunar, se asustó al ver que su sombrero se había decidido por fin, y ahora seguía la corriente del río en la misma dirección por la que el sol había comenzado a descender. Dio dos saltitos furiosos en el suelo, y empezó a correr siguiendo la orilla del río, intentando pescar su sombrero con el palo.

Así paso la tarde entera, acercándose a la orilla, agachándose y volviéndose a levantar, siempre con el palo vacío. Y así llegó otra vez la noche, con su cielo lleno de estrellas, y el sombrero desapareció de su vista de nuevo.

Esa noche caminó a oscuras durante un rato, buscando donde descansar, y se acurrucó cerca del agua, escuchando el sonido que hacía la corriente del río. Era un sonido dulce y

agradable que le ayudo a dormir, igual que si fuera una nana de las que le cantaba su madre cuando era pequeño. Mientras dormía, y sin darse cuenta, Don Luis sonrió.

Amaneció otra vez, como lo hace todos los días, y Don Luis se despertó, bostezo, se frotó los ojos y se quedó maravillado. Sin saberlo, mientras caminaba la noche anterior, había llegado hasta un río mucho más grande, donde el agua de su arroyo, que se había juntado con el agua del río pequeño, se mezclaba con un corriente enorme, que bajaba muy deprisa regando las raíces de unos árboles grandísimos que había por todas partes junto a la orilla.

Estuvo un rato viendo cómo el agua corría arrastrando ramas y hojas, viendo a los pájaros que volaban entre los árboles y, de vez en cuando, bajaban a beber y volvían a subir volando otra vez hasta lo más alto del cielo. Se rascó la cabeza y calculó como era de grande ese nuevo río. Miró a una orilla y luego a otra, y a punto estuvo de decir.

-¡Bah! tampoco es para tanto.

Pero lo pensó mejor y se calló.

Como no podía creerse que estaba viendo, casi se olvida de su sombrero.

Cuando se acordó de él, comenzó a pasear por la orilla, buscándolo por todas partes, pero no lo encontró.

Entonces pensó que, si el agua corría siempre en la misma dirección, sólo tenía que caminar mirando siempre el borde del río. Y así, cuando por fin se detuviera en algún sitio, con agacharse un poco podría recuperarlo.

Caminó todo el día sin acordarse de comer, ni tampoco de descansar. Caminó mirando siempre el suelo, rodeando los árboles que se le cruzaban en el camino y evitando tropezar con las piedras. Pero sobre todo, sin levantar la vista del suelo, no fuera a pasar junto al sombrero sin verlo.

Lo que si podía ver era cómo cambiaba la tierra que iba pisando. Al principio era una tierra húmeda llena de hierba, más tarde se volvió de un gris oscuro y cubierta de piedras que

hacían daño al caminar. Cuando el sol comenzó a bajar, y la luz cada vez era más débil, sintió que los pies se le hundían en el suelo.

Andaba sobre una arena muy fina y de un color que le pareció entre blanco y amarillo, cuando le pareció ver su sombrero. La verdad es que no estaba seguro, porque la arena y la paja eran casi del mismo color. Así que camino despacio hasta que se acercó y pudo verlo mejor. Era cierto, estaba parado allí, junto a sus pies, empapado de agua y lleno de hojas y de arena.

Don Luis se agachó, cogió el sombrero y le fue quitando una a una todas las hojas y remitas que se habían ido quedando pegadas desde que cayó al agua, muy lejos de allí, junto al arroyo del pueblo. Luego lo sacudió y, aunque estaba muy mojado, se lo puso en la cabeza y se sintió feliz.

Al principio pensó que era el sombrero lo que le hacía sentirse bien, pero enseguida escuchó un sonido profundo, como de algo que chocara contra otra cosa una y otra vez, y que luego desaparecía haciéndose más flojito y volviendo a chocar de nuevo. Se parecía al que, la noche anterior, le había ayudado a dormirse junto al río. Pero no era igual.

Entonces levantó la cabeza y dejó de mirar al suelo. Tuvo que levantarla bastante, pues con el agua, el sombrero se doblaba cayéndole sobre los ojos. Miró a lo lejos y descubrió algo que le dejó con la boca y los ojos muy abiertos.

No conseguía cerrarlos. No podía cerrar ni los ojos ni la boca, porque lo que tenía delante de sus narices era un montón de agua. Tanta agua, que nunca hubiese creído que pudiera haber tanta junta. Por mucho que miraba a lo lejos, sólo veía agua, y si torcía la cabeza a uno y otro lado, seguía siendo agua lo único que veía.

“Debe ser el mar”, se dijo asombrado después de un rato. Pero luego lo pensó mejor y dijo:

-Para que luego digan en el pueblo que mar no existe.

A GOTAS

PRIMER PREMIO MODALIDAD RELATO CORTO VII CERTAMEN LITERARIO

El pequeño Horst Zimmermann dormía en un extremo de la planta superior. Ahí, justo debajo del desván que su madre había cerrado a cal y canto hasta poder resolver el asunto de los ratones, estaba su habitación, todo cuanto quedaba de su otrora vasto mundo.

Acostumbraba a tumbarse de lado, cara a la ventana, la mirada fija en la luz mortecina que la farola arrojaba sobre el asfalto. Así terminaba por abstraerse del crujir de madera producido por los roedores en una actividad nocturna cada vez más frenética. El mayor alivio lo encontraba en la lluvia, tan frecuente a orillas del Mar del Norte. Al ruido de sus acometidas contra el cristal se le había sumado el tamborileo de una gotera que vertía sus medidas porciones de agua en una palangana; mamá la había dispuesto mientras averiguaba cómo demonios reparar las filtraciones. Desde que habían reclutado a papá se multiplicaban los frentes y ella apenas daba abasto. A Horst le asaltó de buenas a primeras la imagen de los ratones venga a mordisquear el techo y el suelo del trastero hasta dejarlos permeables como un queso emmental, pero con el transcurso de los días aprendió a abandonarse al sueño arrullado por la suave melodía del goteo.

—Mamá, la abuela ha dicho que recu... reclu...taron a papá. Tú dijiste que está de viaje y que volverá pronto. ¿Qué es re..clutar?

—Pues reclutar significa exactamente eso: que papá está de viaje y que pronto volverá con nosotros.

—¿Y cuándo es pronto?

—Pues unas pocas semanas. —Tragó saliva y se preguntó cuánto tardaría Horst en echar en falta las visitas de la abuela, porque aquello de cruzarse el barrio para visitarles también se había acabado.

— ¿Y por qué te ha hecho *así* con el ojo al decirlo?

— ¿¡Que ha hecho cómo!?! ¡Hay que ver cuánta imaginación que tienes, tesoro! Seguro que con tanta fantasía se te pasarán mucho más rápidas las semanas, ya lo verás, ya.

Rapidez. Precisamente en eso se basaba el juego que una mañana le propuso su madre. Horst tenía que levantarse de un salto, arrancar la manta y las sábanas, embutirlas en el cesto de la ropa sucia, cerrarlo y correr hacia el armario, que resultó tener un doble fondo ideal para esconderse. Mamá le explicó que, una vez acostado dentro, habría de concentrar la atención en deslizar el tablón por las guías para que desde fuera no descubriesen el truco. Otro gesto fundamental consistía en sacudir las extremidades para tirar de las perneras y las mangas. De esa manera se cercioraba de que no se hubiese quedado pellizcado un trozo de pijama en la rendija. Luego permanecería quieto. Muy, muy quieto. A pesar de las carreras, debía respirar sin jadeos. Aire le llegaría suficiente, eso ya estaba comprobado, por lo que aguardaría a que ella le permitiese salir. Aquello se convirtió en la regla más innegociable: en ningún caso abandonaría la madriguera antes de recibir la señal. Nunca jamás. «¿Me has entendido, Horst? Nunca jamás».

El primer día la ocurrencia resultó de lo más divertida. A Horst le gustaban las novedades y superar retos. Cuando el asunto se hizo rutina se tornó engorroso, sobre todo si alguna mañana se demoraba por encima del exiguo minuto establecido y mamá lo dejaba sin postre para el día entero. El juego le parecía absurdo y la privación injusta, pero mamá se había vuelto implacable. Pasado un tiempo el castigo perdió su sentido porque de todas formas ya no tenían nada dulce que llevarse a la boca. Ni galletas, ni chocolate, ni siquiera las bayas del jardín. Mamá dijo que ya no valía la pena recolectarlas, y eso significaba que no se salía a cogerlas y punto. Horst las miraba con anhelo desde la ventana al anochecer, que era cuando aún tenía permitido otear el jardín desde un flanco de la ventana, y es que lo de asomarse alegremente en cualquier momento también se lo había restringido. Añoraba las frambuesas acompañadas de helado de vainilla casi tanto como los juegos callejeros con los niños del vecindario. Algunos todavía podían salir.

Él, no.

Era otoño la noche en que le despertaron las sirenas.

Mamá entró enseguida en la habitación para tranquilizarlo: ellos estaban seguros. La función de la alarma era avisar a los pocos hombres que quedaban en el pueblo para que reforzasen el dique con sacos.

—El viento y el mar unidos tienen mucha, mucha fuerza. Con la arena evitaremos que el agua llegue al pueblo y nos mantendremos a salvo.

—¿Y qué pasaría si llegase al pueblo?

—Pues a nosotros nada de nada porque dormimos aquí, en el piso de arriba.

—¿Y entraría el agua en la cocina y en el comedor?

—Quizás un poco, pero eso no va a pasar porque están poniendo muchos sacos de arena en los diques ¿sabes? Duérmete tranquilo, anda.

Horst permaneció un buen rato despierto. Se incorporó y, más allá de los regueros que surcaban el cristal, fijó la vista en el haz intermitente del faro. Recordó cuando papá, mamá y él salían de paseo las tardes de verano y caminaban por las dunas hasta la torre, tan bonita ella con sus franjas rojas y blancas. Rememoró el graznido de las gaviotas, cómo daban algunos pasos inseguros por la orilla y alzaban después el vuelo rumbo al horizonte. Y el esforzado escalar de las mariquitas por los brezos. Volvió a acostarse e imaginó que los sacos cedían a las embestidas del mar. Las olas alcanzaban su calle, transformada en una playa perfecta con arena y las tumbonas de mimbre. Con la pleamar, el agua llegaba a su ventana. Entonces solo tendría que abrirla y salir. Salir por fin. Lo haría abrazado al velero de la estantería, el que había confeccionado su abuelo con palillos y paciencia en cuanto supo que mamá estaba embarazada. Navegaría días y noches capitaneando su nave solitaria, las brumas terminarían por abrir el telón a un cielo de estrellas y podría beberse la vía láctea a tragos. Con chocolate. Al alba, el sol brillaría sobre un mar en calma

y él atracaría en una playa de arena blanca donde le esperarían mamá y papá agitando los brazos. Papá.

Tanto soñar con agua que mojó el colchón. Vaya. Como a mamá no se le escapaba ni una, el percance trajo consigo otro añadido al ritual matutino: tendría que voltear el colchón antes de esconderse en el armario, y la autoridad no le concedió ni un segundo extra.

—Pero mamá, no me va a dar tiempo.

—¿Cómo que no? Solo tienes que correr un poquito más, que se note que eres el más rápido de toda la calle. ¿Qué digo de toda la calle? ¡El más veloz de todo el pueblo!

—Si ya no me ve nadie, mamá. Nadie sabrá que soy el más rápido.

—Claro que sí, Horst, serás el campeón de todo Hamburgo.

Para habituarle a ir muy aprisa sin que se le saliese el corazón por la boca, le hizo subir y bajar corriendo las escaleras varias veces al día con el viejo cronómetro del abuelo como juez de sus progresos. Un dos, un dos. Y otra serie más. Si no era posible dejarse el alma y mantener el temple, que se lo contasen a los campeones de biathlon, tan veloces con los esquís, tan precisos con el arco.

Madrugada. Pasos por el corredor.

—¿Mamá?

Silencio.

—¿Mamááá? —Horst nota que vuelve a mojar la cama.

Su madre entra.

—Horst, sí, soy yo. Duérmete, anda.

En cuanto se cierra la puerta, Horst aguza el oído. Ella no recorre el pasillo para regresar a la habitación de matrimonio. No, parece que aguarda quieta tras la puerta. Pasan varios segundos. Un minuto. Dos. Entonces la oye agacharse, un corto suspiro de esos que exhala mamá cuando hace algún esfuerzo. Le sigue el crujido de los escalones que suben al desván y luego el lamento de la trampilla al abrirse. Y al cerrarse. Horst sale de puntillas al corredor, pasito a pasito. ¿Cómo se le ocurre a mamá combatir los ratones a esas horas? ¿Les habrá subido trampas con queso? Se sitúa justo al pie de la escalerilla y escucha inmóvil. «Hoy no ha sobrado más comida», el único susurro de su madre que alcanza a entender. ¿Mamá habla con ratones? Después la respiración allá arriba se vuelve más intensa, más rápida, algún muelle chirría y Horst retorna a la cama sin entender nada. Tampoco le pregunta en el desayuno. ¿Para qué, si la mitad de las cosas que hace no hay quien las entienda? Varias veces siente la tentación de allanar la buhardilla vetada, a fin de cuentas tardaría un suspiro y mamá no se daría cuenta, pero no se atreve a incumplir la prohibición. No, no quiere correr el riesgo de enfadarla más, a cada día que pasa parece más preocupada. Y más estricta con las normas. Además está el asunto de los ratones, que no es que sean el freno principal, claro que no, pero ayudar no ayudan a que apetezca subir a husmear.

Asoma el invierno y continúa lloviendo. Las noches se alargan hasta el infinito ahora que no se puede encender ninguna luz en casa. Gotas. Oscuridad. Crujidos arriba. El neón de la calle se ha fundido y nadie lo repone. Más oscuridad. Nadie repone nada ya. Tampoco la despensa. Hambre, gotas, reflejos distantes del faro. El faro, cada vez más lejano. Inalcanzable.

Mamá irrumpe en la habitación y zarandea a Horst.

—Horst: recoge y escóndete. ¡Ya! —Un susurro firme y angustiado que no deja resquicio alguno a la protesta a pesar de que aún sea noche cerrada. La madre que no se atreve a decirle que no es otro ensayo más. No, no, no, el niño se sabe de sobra la mecánica del *juego* y la cumplirá como siempre. Alguien golpea la puerta de la calle con violencia, como si fuese a echarla abajo. Mamá desciende la escalera peldaño a peldaño mientras grita a los de fuera que ya va a

abrir. Y de paso alerta a los de dentro. Los tres están preparados, los tres saben exactamente qué hacer y qué no deben hacer en ningún caso.

Horst tapa el cesto de la ropa y se encierra. Hasta los ratones han enmudecido. Por un instante solo oye una gota reuniéndose en la jofaina con sus hermanas. Juntas al fin. Después se suceden los pasos y los golpes en la planta inferior, gritos autoritarios que suenan a malos, mamá balbuciendo respuestas entre llantos. El sonido de una bofetada, el sollozo se trunca. Cruje la madera del suelo del desván, luego vuelve a silenciarse.

Que si tienen sótano, pregunta uno. No tienen. Aun así, conmina a otro a que inspeccione palmo a palmo el suelo. Y las paredes. ¡Todas! Botas subiendo la escalera. Varias botas. Ruidos procedentes del dormitorio de mamá. La trampilla quejumbrosa. Alguien ladra que en el trastero no hay nada más que polvo, otro ordena que no pierda el tiempo allá arriba. Entran en el cuarto de Horst, que respira como le ha enseñado mamá, muy despacito. «El escondite es bueno, el escondite es bueno», se repite una y otra vez. El escondite es bueno, sí, pero el charco de orina que avanza desde debajo del armario hacia el centro de la estancia no se les escapa a los sabuesos del terror. Gritos descarnados de mamá. «Al menos nos llevan juntos», se consuela Horst. «Si iban a llevarse a mamá de todas formas, mejor que me hayan encontrado. Mucho mejor».

Portazo. El silencio se adueña de la casa. La lluvia ha cesado, pero el desván vierte ahora gotas salinas que se dispersan solitarias por un agua antes dulce.

EL ALMA DE LOS SECRETOS BAJO EL AGUA

SEGUNDO PREMIO MODALIDAD RELATO CORTO VII CERTAMEN

Los secretos son como la carcoma: un cáncer lento que roe el barro primigenio en el que nos forjaron. Ya lo dejó escrito el laureado poeta Lázaro Luján en su poemario *Recónditas sombras de nosotros mismos*, publicado póstumamente en la editorial El aullido en 1972, a contracorriente, en una época en la que se intentaba salir de un túnel con la idea preconcebida de que cualquier tiempo por venir sería mejor. Aquellos versos inolvidables que hablaban de la pérdida que se agazapa en el corazón de las personas que saben sufrir en silencio todavía resuenan en la cabeza de Martín Velasco. Desde el mismo día en que los leyó por vez primera en el bar de la facultad, al abrigo de una cerveza, extraviado en la mirada de terciopelo de Juanita, una compañera de clase que nunca lo amaría y que, por supuesto, nunca se casaría con él. Y ahora vuelven, con la contundencia de una memoria afectada de lepra o del disfraz de la Historia que aún no se ha desvestido del carnaval de su propia pesadilla. Retornan cuando su madre, pergamino antiguo que ha resistido una vida entera aguardando aquel día, le dice, hijo, quiero que me lleves a Valdeuán.

Valdeuán es el nombre prohibido, un fantasma en el que durante los últimos cuarenta años sólo ha habitado el alma triste de los objetos bajo el agua. Allí nació Martín Velasco. En Valdeuán, un pueblo sobre el que las autoridades derramaron millones de metros cúbicos de agua para que fuera morada del cieno, los peces y parte del espíritu que se resistió a marcharse con la tristeza a cuestras de los expulsados. Casas. Bares. Iglesia. Tiendas. Ayuntamiento. Cementerio. Todo quedó sepultado para siempre por la lápida de espejo de un agua que más tarde sería luz en los hogares de la comarca.

Martín Velasco no logra convencer a su madre de que desista de un viaje que no le ha de reportar ningún bien. Setenta años no es edad, según él, para aventuras o naufragios en las

procelosas mareas del recuerdo. Argumenta mil y una razones por las que no merece la pena asomarse al valle de Valdeuán. El frío extremo está a la vuelta de la esquina. Las distancias son largas y los caminos, difíciles, tortuosos, como trazados en la tierra por la mano de un topógrafo loco. La madre, Otilia Ordóñez, asiente, lo oye pero no lo escucha, lo mira pero no lo ve, ocupada como está en contemplar con sus ojos sin brillo un territorio que está más allá del presente, que hunde sus raíces en los vientos del pasado. No tenemos tiempo que perder; debemos ir antes de que esos cabrones lo vuelvan a inundar, le dice al hijo. Y sí, él sabe que para una revisión de la presa han desembalsado toda el agua, que su madre pasó allí casi la mitad de su vida, que sufrió al marcharse, como tantos otros que ni han vuelto ni tienen intención de hacerlo. ¿Y qué? Se enfada.

Hijo único, huérfano de padre a los cinco años, Martín no puede negarle a la madre la que quizá sea la última petición importante de su vida. Así que solicita unos días de asuntos propios en el trabajo, telefonea a su exmujer para pedirle que deje a los hijos viajar con ellos y carga el maletero del coche con todo lo necesario para el viaje y un par de días en el hotel de Peralida, el pueblo más cercano a las ruinas de Valdeuán.

Son dos los hijos que tiene Martín Velasco: un muchacho de quince y una chica de trece. La abuela se alegra mucho de saber que los nietos también los acompañarán en el viaje. Será ésa una oportunidad de encadenar las generaciones, de que los secretos muden el relato de su vida en la memoria de quienes habrán de perpetuar el legado de su genética y su historia.

Parten al alba. El chico, por ser el mayor, se sienta en el asiento al lado del padre. Mira el paisaje. Detrás, la abuela y la nieta, sorda a su silencio, que, desde bien temprano, escucha música en el móvil con unos auriculares enormes de color rojo. Son los tiempos, piensa Otilia cuando no está sumida en ese espacio impenetrable de los recuerdos. A su manera, se siente una mujer feliz de ir al encuentro de los suyos. En una bolsa, a sus pies, lleva un pequeño ramo de flores.

Lo que Martín sabe de Valdeuán cabe en una ligera carpeta: cuatro retazos narrados por la madre a lo largo de su vida, un puñado de fotos en blanco y negro y sepia a las que los años les han aplicado una pátina de plata envejecida, y un reportaje que un escritor de la zona publicó en

la revista dominical de un periódico de tirada nacional. Nada lo une al espectro de aquella tierra de la que su madre parece querer despedirse.

El primer día descansan. Martín se informa de las condiciones de acceso y alquila un vehículo de grandes neumáticos y tracción a las cuatro ruedas, adecuado para transitar por terrenos inestables, por lodos en los que un coche normal se quedaría atrapado en un girar de ruedas interminable. Los muchachos se aburren porque no hay conexión a Internet. ¡Vaya rollo!, dice el hijo. Si lo sé me quedo en el insti, se queja la hija. No te olvides de llevar una pala, le pide la madre. Y Martín se pregunta para qué, cuál es el sentido último del viaje. Pero las respuestas a preguntas difusas son como los secretos: tumores que sólo se extirpan cuando se los convoca para hacerlos visibles. También se hace con botas de goma para todos, pues cabe la posibilidad de que la tierra esté blanda bajo sus pies.

En la mañana del segundo día, después de transitar caminos de una patria que nadie salvo Otilia identifica como suya, llegan a las inmediaciones de Valdeuán. Todos bajan del coche y contemplan desde las alturas la desolación del paisaje: una ciénaga húmeda de la que el agua se ha retirado siguiendo su curso natural. Asoman como buques varados en un puerto de desguace los esqueletos más o menos mondos de los edificios en ruinas que una vez conformaron la hermosa estampa de Valdeuán entre las montañas. Se adivinan a lo lejos sus arterias desangradas, las venas lánguidas de una cartografía derruida por la labor callada del tiempo bajo el agua, por la mano del hombre, por el bien del progreso, por esa benéfica electricidad incapaz de alumbrar el interior de los hombres y las mujeres, lo que queda a la sombra de los corazones heridos por una puñalada de hielo.

Otilia está nerviosa y es a la par la mujer más feliz del mundo, y ni el hijo ni los nietos alcanzan a comprender la razón de esa felicidad. Bajemos al pueblo, dice con la voz y el ánimo de una chiquilla. ¡Ha pasado tanto tiempo! Esperad, dice la hija de Martín, poneos ahí que os saque una foto de recuerdo. En el centro, Otilia, que es el pasado; a su derecha, Martín, que es el presente; y a su izquierda, el nieto, que representa el futuro. También esa fotografía, que inmortaliza el momento y lo detiene en una huella única, será algún día un borrón extraño en la memoria de los retratados, un cadáver más en el mecanismo de un móvil que tal vez acabe en el

vertedero de un país del tercer mundo, cerca del mismo lugar en que niños explotados extrajeron de las minas el coltán imprescindible para su fabricación.

El todoterreno conducido por Martín rueda despacio por lo que un día fueron las calles de Valdeuán, ese pueblo fantasma emergido de entre las aguas para que antiguos habitantes, como Otilia, se puedan reconciliar con su infancia o su juventud, reencontrarse con aquellos que ya no están a su lado. ¡Para! ¡Ésa era nuestra casa!, dice la anciana señalando un caserón de paredes sucias, huecos de ventanas sin cristales ni postigos, como entradas de nichos vacíos, y un techo a cuatro aguas con una alopecia de tejas alarmante.

Martín les pide a todos que se calcen las botas de agua antes de bajar del vehículo. No se equivoca al suponer que los pies se hundirían en el fango. Ayuda a la madre. El chico dice qué guay, esto parece el escenario de una peli de terror. Sólo faltaría que de una casa saliera un loco con un hacha, una motosierra, un enorme cuchillo o un gancho para colgar cerdos en el matadero. No caerá esa breva, replica la hermana, a la que todo aquello le da un poco de asco. No le gusta lo viejo y teme mancharse la ropa que la madre le ha comprado en las últimas rebajas. Martín los manda callar. Se arrepiente de haberlos hecho venir. ¿En qué estaría pensando, en que aquello serían unas minivacaciones en familia?

Cuando quiere darse cuenta, Otilia ha forzado lo que queda de la puerta y ha entrado en la casa. ¡Mamá, ten cuidado! Las botas se entierran a cada paso en besos de légamo engullidos por las encías blandas de la tierra. Los muchachos siguen fuera con sus juegos, sus peleas, sus tonterías de muchachos en la edad difícil de la adolescencia. ¿Qué buscas, mamá?, pregunta Martín a su madre al verla trastear desesperada entre muebles desvencijados que se desmoronan al simple contacto de sus manos. Nada hay allí que merezca la pena, que tenga algún valor. Pero el valor de las cosas no se mide por lo que costaron ni tampoco por su utilidad, porque también, a su manera, poseen un alma configurada a imagen y semejanza de quienes un día fueron sus dueños. Esto, dice Otilia alzando una cajita metálica con la figura repujada de una chiquilla vestida de óxido. De su interior saca un medallón que, contra todo pronóstico, se ha salvado de la herrumbre, está incólume. ¿Qué es?, pregunta Martín. Un regalo, eso es. Un regalo que alguien le hizo un día, cuando era apenas una chiquilla. Otilia acciona una palanquita en la parte superior y

el óvalo del medallón se abre en dos mitades. En cada una de ellas hay una foto. Una tiene sus rasgos, de joven; la otra es de un muchacho que nunca fue su esposo. El hijo sabe que aquél no es su padre. Aunque la imagen que tiene de él es borrosa, el de la foto no se le parece en nada al retrato que la madre tiene enmarcado en el mueble de su salón. Martín imagina, supone, la odia un poco. ¿Para esto hemos hecho un viaje tan largo?, acusa más que pregunta. No solo, le responde la madre. Coge la pala del coche, por favor.

Martín obedece de mala gana. ¿Nos vamos ya, papá?, pregunta la hija, que no ve el momento de regresar a la civilización. El hijo se dedica a entrar y salir a su antojo de las casas abandonadas. ¡Ni se te ocurra!, le dice Martín. ¿Adónde vas?, se interesa el hijo al verlo abrir el maletero para sacar la pala. No lo sé, con la abuela. Vamos contigo.

Cuando entran de nuevo en la casa, Otilia ha salido por una puerta trasera que da a una especie de patio más allá del cual se divisan unos muros desdentados. La ven caminar con determinación hacia un lugar que todavía no se ha hecho visible. ¡Espera, abuela!, le chilla la nieta. ¡Qué prisas!, se queja Martín. A grandes zancadas, no tardan en alcanzarla. La anciana jadea por el esfuerzo. Se detiene y señala lo que tiene enfrente. Un plantío de cruces de mármol roído por la aridez del barro germina de la tierra como banderas de una nación de muertos. El ánimo de Otilia se ensombrece de pronto. Su corazón se le acelera como una locomotora a la que de súbito le hubieran echado tres paladas seguidas de un carbón atormentado. Algo se remueve en sus entrañas. ¿Te encuentras bien, mamá?, pregunta Martín, que ha notado el cambio experimentado por la mujer. No le responde. Continúa caminando, apoyándose en las cruces, asegurándose. Limpia aquí, dice golpeando la parte de arriba del travesaño vertical de una cruz. Los muchachos se han tomado de la mano y permanecen muy juntos. Saben, por las películas, que bajo ellas hay fosas, que en las fosas hay ataúdes, que en los ataúdes hay cadáveres, que los cadáveres son seres humanos muertos, que los seres humanos muertos o no son nada o resucitan para atormentar a los vivos. Quisieran marcharse, pero no se atreven a decir nada.

El padre comienza a quitar barro con la pala hasta que asoma la superficie manchada de una lápida. Entonces Otilia le pide que pare. Martín suda ahora, se limpia la frente con el dorso de la mano. Él es un hombre de oficina; no está acostumbrado a ese tipo de trabajos. La anciana se

arrodilla y termina de limpiar con sus propias manos. Hasta que un nombre y una fecha brotan de la piedra labrada. Se arroja sobre la tumba y comienza a llorar desconsoladamente, con desesperación. Martín mira a sus hijos y levanta los hombros. La hija jamás ha visto un dolor tan profundo. Unas lágrimas de solidaridad asoman a sus ojos. Vamos, mamá, déjalo ya, le dice el hijo tomándola de los hombros. El muchacho se acerca y también le ayuda a incorporarse. Ambos ven en la lápida un nombre grabado: Carlos Velasco Ordóñez, el hermano que Martín nunca supo que tenía, fallecido a la tierna edad de tres años, dos antes de que él viniera al mundo. Otilia ha guardado ese secreto sin saber por qué, quizá para no compartir con nadie su sufrimiento, porque sólo a ella le pertenece, sólo ella, como madre, es capaz de comprender el alcance de semejante pérdida. Los secretos, cuando se comparten, son como la cometa de un niño que el viento se lleva lejos de sus dedos. Traed las flores, por favor. Están en una bolsa, pide Otilia. Es la nieta la que venciendo el miedo va a por ellas al coche. La abuela las deposita en la tumba con delicadeza, igual que besaría la frente de un recién nacido que duerme plácidamente en su cunita. He esperado tanto tiempo este momento, Carlos, que me parece mentira que ahora esté aquí, contigo. Pronto iré a tu encuentro, hijo mío, dice a modo de despedida. Y vuelve a sonreír.

Entre el hijo y los nietos sujetan a Otilia y la conducen de vuelta al todoterreno. Se siente ajena a todo y su mirada se pierde hacia el lugar donde volverán a dormir los recuerdos que quedaron sumergidos en Valdeuán y en su memoria. Una sombra de nubes veloces se cierne sobre el cielo de Valdeuán. Comienza a llover y los versos de Lázaro Luján, como expulsados de su interior por el espíritu de ese hermano del que nunca tuvo noticias, se escapan sílaba a sílaba de la boca de Martín: Pleura de tinieblas en los pulmones del tiempo, / sombras de sombras somos / cuando por azar, desidia o voluntad divina / la vida nos llena de cicatrices el alma.